

sonríe. Tales obras están lejos de constituir mis dogmas de fe: biblia o koran. Yo viajo con Kempis y con Nietzche, templanza y fortaleza; procurándome un sereno equilibrio en la conciencia. Ahora, en nuestra cancillería mexicana, descubrí los volúmenes amigos, y apoderéme de ellos para mostrarlos en Veracruz, con esta referencia: hé aquí a Félix Callejas, el primero de los humoristas que por allá ofrecemos; córrenle parejos ingenio apicarado, positivo talento, y "kultura", con la reciedumbre alemana, todo para regocijarnos cada día en "La Prensa" a la manera de un Mark Twain o un Bonafoux; y ved a novel escritor tan corto en años como sabio en sutiles escarceos de literatura morbosa, guardando mucho de Lorrain, mucho de Farrere, y una gran vena de buen gusto, prestigiando su nombre, casi pseudonímico: Mig. de Marco Suárez. Y nada más.

La noche transcurrióme en vela; asechando, entre página y página, por las rendijas de un empinado postigo del aposento, a la bóveda sombrosa, para descubrir el despunte de la "celestia". Entonces vendrían a buscarme, en són de marcha hacia la hacienda Guadalupe. ¡Perspectiva magna!...

... Cantan, al unísono, gallo y clarín; las esquilas de parroquia cercana resuenan mansuironas, célicas, el "angelus"; quiébrase el cristal nocturno a las violentas irrupciones solares, gama fastuosa de luz mañanera. Las seis... Las siete... Las ocho...

Mas, que mi carromato no llega. Salgo. El dueño, en persona, niégamelo.

—En San Lorenzo dos cabecillas han reñido, y merodean por estas llanadas. Salir es perder el tiro. No estoy dispuesto, si usted no me ofrece positiva garantía.

Ruegos; promesas; un formal contrato, comprometiéndome a indemnización hiperbólica: ¡2,000 pesos!!; busca y rebusca de quien quisiera llevar y traer las bestias.

Ello costó pesquisas inenarrables. Por faso por nefas en el negocio, rechazábase a éste, rechazábalo aquél; hacíase supradifícil cualquier arreglo. Al fin presentóse José Juan; desventurado hombrecillo al cual le faltaba, a más de la juventud, una mano, y la otra también. Pero...

—Lo probará usted; gobierna admirablemente con sus muñones.

Tuve ánimo para romper el equívoco:

—Lo probarán las mulas.

Y partimos...

Suerte llamé yo al hecho de no enfrentarnos a uno solo de los soldados en guarnición, por los contornos apameños. Once kilómetros así, cruzando Saldívar, descubriendo a Soltepec.

—Allá corren unos, señor.

Eran, efectivamente, salteadores, y me huían, tras pequeño robo en tienda del pobladito, juzgándome de los Jefes.

Lleváronse mantas, latas de sardinas, y algún dinero; denunció el principal del abarrote.

—No vale la pena, repuse; ordenando seguir.

Dos... cuatro... seis haciendas, distintas, fueron apareciéndose por la sarmentosa extensión; todas pacíficas, traginadas, brindándole al viandante tibia confianza, grata seguridad de sí. Nadie, nadie concebiría allá, asaltos, desbalijamientos, codiciosos desenfrenos; sin embargo...

Acabábamos de vencer un trecho largo, pechado, y entreteníame cotejando varias láminas de "The Ruins of México", álbum de grandezas arqueológicas de las diversas razas y civilizaciones del vasto territorio, cuando, repentinamente, se me presenta grupo de individuos con armas resueltas. Nada del retador grito de Diego Corrientes, repercutido después en campos de Cuba por la fanfarria de Manuel García; nada de aspavientos. Esto, tan sencillo, tan humilde, tan cordialísimo, fué el medio de demanda:

—Con el perdón de Dios, buscamos real y lo queremos.

Tiré de cartera, entregándole un billete chihuahuense a quien me figuré capitán de la partida; indio gigante, a lo Gargantúa, y de presencia, por lo irregular e inquieto, simiesca, al extremo de venirme en mientes la "fábula científica" de Darwin, a propósito del eslabón perdido.

Recogió dispuesto la gruesa dádiva, y propúsome con desenfadada inocencia:

—Jefecito: si me da la ropa, le dejo la "petaca".

Accedí, claro está, al peregrino canje de cosa por cosa, propias; y ya volvíamos a proseguir vereda adelante, al punto mismo que, siempre con felina melosidad, volviéndose reclamó "su" objeto. ¡Percance único de las correrías por fajas campales del feroz zapatismo!!

Un cuarto día después encontrábame, bien seguro, entre el ejército de Carranza, por Guadalupe. Aproveché tren a Apizaco, y de allí a Puebla, "haciendo la vida del soldado."

Mientras me acercaba a la ciudad de los Angeles, el espectáculo que dominó mi vista parecióme espectáculo de encantamiento: Desde abajo, de la tierra, mil resplandores jalde iluminaban suntuosamente la negrura infinita — como si mágico cataclismo hubiese invertido por un capricho estético el orden de los mundos siderales!!...

#### LA CIUDAD ANGELICA

Mientras mi estancia en tierras mejicanas, estuve, por tres veces, allá, en la "Ciudad Angélica", acaso así nombrada, con tal mote de sabor sacro, en gracia a su místico patrocinio: Nuestra Señora de los Angeles. La primera de las ocasiones apenas pude admirarla como a población luciente, llamativa, con gran cantidad de edificios valiosos, de confuso orden colonial, donde abunda—recubriendo las cua-

dradas fachadas—el ladrillo azulejo, rojo y añil, combinado en forma pintoresca; sus calles, todas, parecieronme largas, y anchurosas, y pulcras; le ví una magnificente catedral, con varios otros templos cercanos, algunos fusionando las opuestas almas, morisca y cristiana, en los cuerpos arquitectónicos de ventruda basílica y esbelto minarete; anduve por zócalos diversos, el céntrico de ellos amplio y repleto de arboleda; destaqué aquí, ya por extremos, maltrechos castillos—creyeranse medioevales; más lejos, las naves uniformes de vetustos cuarteles; después, por las afueras, llanuras extensas y secas, convertidas en campamentos para las tropas de Carranza.

Los generales Coss y Castro compartían el mando de la plaza, defendiéndola, con ruidosas escaramuzas, del constante asedio, pertinaces amagos de ataque que mantenía el hordaje zapatista. Yo me presenté allí, por diciembre, retornando en la propia mañana de la llegada.

—Esta noche—se me reveló confidencialmente—abandonaremos las guarniciones completas, replegándonos por la línea de San Marcos, y otros diversos puntos estratégicos, al efecto de atraer hacia el centro al enemigo; escabroso, temible, desde la montaña; en combate claro, fácil y cobarde.

Días después, de vuelta en Veracruz, oí comentar la “plena derrota”, la “atropellada fuga” del constitucionalismo, bajo espanto cervical. (Lo señalé en crónicas anteriores). A

mí, realmente, sin embargo del sereno aviso, prodújome el hecho inquietud y desconfianza. Mal avenido a estos recursos guerrilleros, parecíame retirada torpe, o al menos peligrosa, cuanto los jefes tácticos conceptuaban movimiento seguro, meditadoísimo, nuncio él de positiva victoria, de incalculables ventajas, vistas.

Cada semana de las trascurridas, el malestar, entre la gente ajena al secreto, crecía; y mi duda... también.

Parte así Alvaro Obregón, tras preparativos ostensibles; surgen y se entrechocan, al punto, los comentarios más contradictorios; vibran nuestros nervios agudizados, con los hilos de la red telefónica, avisadora del avance; hay, súbito, un clamoroso repique de cien campanas, un zizageo tonante de mil cohetes, un desfile magno de las armas de caballería, artillería e infantes, con bandas y charangas a la cabeza, lanzando al aire los sonos del himno nacional. Una voz, se adelanta, y llena el viento mañanero con los pregones de: ¡Puebla recupera! ¡Vivan Carranza y Obregón!

Fué, a propósito, cuando entre mi cómodo regreso a Cuba, o la azarosa incursión capitalina, escogí lo segundo.

Solicité, así, pase en tren militar—único que circulaba; obtúvelo, sin entorpecimientos; fuíme paralelas adentro del interoceánico, en noche bruja, ladrona del paisaje con su garra siniestra de sombras, sombras... sombras... sombras...

Llegamos. Aquella Puebla nocturna me hubiese impresionado, deslumbradoramente, con sus esplendores ciliunochescos, de no presentar la tétrica fase del desastre más horrendo que alcanzara a comprender la fantasía: hacinaamiento de cadáveres descuartizados; mujeres, como furias, que reconocían los mortales despojos; grupo de vencedores, con máscara burlesca, removiendo cada cuerpo, para lanzarlo, a golpe de paletada, sobre las carretas de la muerte; la Muerte, fatídico espectro, danzando, macabramente, por los alrededores, con la alegría sardónica que tuviera ante un sumo festín, copioso en carnes frescas y sangre sin "malade".

Una escena, desplegóse a mi presencia, que no sé si calificar de donosa o de horripilante:

Viejo indio yaqui, de los del "Batallón de Sonora", revuelto en montones de víctimas, se sintió sacudir, alzar del piso al fúnebre arrastradero. Estiróse cuanto pudo de brazos y piernas, alzó el tronco, y, al parecer desganaadamente, reclama:

—No mechen, y dequen pulque.

Su tan bestial borrachera hábale conducido a los linderos lóbregos de ultra-tumba.

Dormí, ¡cómo dormí!—sospécheselo el lector, si tiene corazón y ánimo sensible; pero comprenda ahora este fenómeno: sin aclarar aún, hallábame buscando otros cuadros de alucinación. Y sí que los había. Eran los instantes de los fusilamientos. Junto al atrio de la

magna catedral, veíanse caer a aquellos prójimos atónitos, retorcidos, fúnebres, huecos de espíritu, humeando sudor oleaginoso; algunos con media vida, locos, blasfemos, en estertores de epilepsia; otros, impasibles, como herméticos, en el agónico paroxismo; en seguida fué la recogida de los hediondos despojos; y el enterramiento colectivo, en profundas fosas; desolación, exterminio, pavora, infierno! . . .

Ya por la tarde—¡oh, sorprendentes contraposiciones!—todo pareció distinto, con el triunfo de paz pública, trabajo general, orden civil, casi, casi vida cotidiana.

Tres boleros, espurrñados y parlanchines, con hocicos de cruda vigilia, acercándoseme disputaron el limpiarme las botas.

—Yo, señor, que soy el mejor.

—Yo, señor, que lo hago de prisa, y con crema, por cinco centavos.

—Yo, señor, que me siento carrancista.

Escogí, desde luego, al último, vencido por su aguda desenvoltura; comprensión sagacísima del ambiente.

—Bueno, le interrogué, pasados unos minutos: ¿y tú por qué eres de "nosotros"? . . .

Me examinó recelosamente; suspendió un rato la faena; y, con desplante de persona dedicada a comerciar sin importarle la política, responde:

—Es que los otros, señor, tienen menos zapatos para limpiar. Andanse con guarachas o descalzos. No convienen . . .

Admirable confesión, medio pícara, medio ingenua!

Distrayendo el tiempo para almorzar, recorrí, a pie, diversos lugares. Entré por la "Santa Casa del Señor", preciosísima, en verdad, con su cautivante predominio del arte ligero, y lo pictórico sobre la escultórico. Allí no se siente sobrecogimiento, pavor a los infiernos; lo que despiertan esas tremendas imágenes antiguas, talladas a influjos de la creencia dogmática, entenebrecedora del vivir; es el catolicismo expuesto en la Catedral Angelopolitana, de Puebla, un catolicismo áureo, adorable, paganizado, trasunto de los cielos, seráfico,—valdría poner: divino,—al extremo de arrancar al creyente, sin esfuerzo, la bendita oración de amor al Dios Padre Todopoderoso, la Salve hechicera a la Virgen llena de gracia, en tal tela digna del mismísimo Rafael!...

En cambio, afuera, por paseos y umbrales, de esquina a esquina, observa el curioso viandante un espectáculo no presentido de dolor, de pesadumbre, ya se considere como producto sincero de recónditas devociones, ya se acepte a modo de desgraciada simulación. He aludido a la pordiosería, que nos asalta, y sorprende, con sus mayores fealdades y exteriorizados exorcismos de "mea culpa". De rodillas, así, con el cuello cubierto de rosarios y escapularios, y en la mano una estampa del misérrimo San Lázaro, o el angustiadísimo Padre de los Desamparados, pide limosna esta

mujer; diez pasos más allá, un vejete, contrahecho, ruinoso, reza, y reza, y reza, con los ojos clavados en la bóveda azul, y sus cinco dedos de la diestra enclavijada, impetrando socorros; después hay una criatura-monstruo, de asilo, o de exhibición "yankee" en circo de morbosidades, también hendiendo los aires con solicitudes lastimeras; y, en fin, por atrio de reducida ermita, ostentando sotana mugrienta, un clérigo raquíto y anciano reclama tributo de piedad.

Me sorprende, y dirijo al primer transeunte, interrogándole:

—Pero ¿no aseguraban que los constitucionalistas juraron odio de exterminio al clero?

—Si, señor, me informa joven amable, y al parecer culto; mas ése es decente, y recoge para un hospital de desvalidos.

Luego dialogando, dialogando, llegó a referirme cómo en la época de Carmelita Rubio—esposa de don Porfirio—curas y frailes era lo que más nutría la ciudad.

Repetí el célebre verso, inspirado en Toledo:

... y para cada fiel, catorce misas.

¡Rezagos coloniales de una España caduca, a la cual hoy recuerdan "con un poco de enojo, y otro poco de esperanza", sus nuevos hijos, los campeones de la savia nueva, con los nuevos pensamientos de regeneración absoluta: Ortega y Gasset, Pérez Ayala, Baroja, Azorín, Maetzu, Martínez Sierra, Benavente!...

Con Serrano, con la Garza, con el Estado Mayor de Obregón pleno, y con Salinas, un hábil jefe de ametralladoras, sobrino de don Venustiano, encontréme al penetrar en buen restaurant, cerca de "El Pasaje", hotel de nuestra común residencia. Comimos largamente. Invitóseme, y concurrí complacido, a pasar inspección a los fuertes y fortines de defensa. Nos dirigimos, bien entradas las cuatro, a la zona de aviación, presenciando preparativos para maniobras de la flota aérea. Hasta seis monoplanos movilizaron los constitucionales, y esto desconcierta a las huestes surianas, conocedoras sólo del fusil y de tal cual cañón anticuado.

—Cuando les silban cerca las balas de grueso calibre, se amedrentan y esconden, o huyen, gritando: ahí viene la vaca.

Lo contó Salinas, para jarana unánime.

Rogueles:

—Antes de marcharme a la Capital, por si pierdo "el chillido"—según opina el general Alvarado—quiero ir al sitio donde estalló la conmoción revolucionaria maderista.

Accedieron; y tomando los autos, veloces en carrera de media hora, detuvimosnos junto a casa de aspecto mediano, las paredes agujereadas aún por la metralla habida en los "sucesos sangrientos". (Así los llama Ignacio Herreras, testigo-repórter, en no tan poco fidedigno folleto que oculte la heroicidad de aquella familia Serdán, sublimizada por la idea de li-

berar a su patria de la dura férula treintañesca del autocratismo porfiriano).

Todavía allí, en ángulo interior de la puerta de entrada, encontramos esta lectura impresa en papel, con ancha orla negra; hoja superviviente de los millares y millares que se repartieron:

*Hoy a las ocho y media a. m.*

*Murió en el seno de toditos los diablos el cobarde asesino, vil inquisidor Jefe de los soplonos,*

**MIGUEL CABRERA**

*Sus víctimas, el Comercio y el Pueblo en general, al participarle tan agradable noticia, lo invitan a celebrar la pérdida de tan pesada carga y el natalicio en los profundísimos infiernos del alma de tan mal hombre.*

*Puebla, Noviembre 18 de 1910.*

*Las maldiciones las recibe el alma de este condenado en las calderas del infierno.*

Dicho Cabrera ocupaba la jefatura de los esbirros dictatoriales.

Fijaos ahora en tales fragmentos de la caldeada descripción de Herreras:

La misma mujer abrió, apareciendo Cabrera, Fregoso y el policía Murrieta.

Suena la descarga y Cabrera y el policía caen y Fregoso desaparece, comenzando en el interior de aquella vivienda la tragedia más espantosa que registra Puebla en sus últimos tiempos.

¡Fuera esos muertos! ¡A la calle! ¡Aler-

ta todos, que va a comenzar la lucha! Y a puntapiés y arrastrándolos como si fueran perros, quizá para facilitar la labor, llegan con los cadáveres al zaguán, y logran tirarlos a las baldosas de la acera.

—¡Yo arriba! gritó Carmen Serdán agitando en la diestra un rifle; y se precipitó por las escaleras, llegando hasta los balcones y después a la azotea, desde donde se la vió hacer nutrido fuego.

Ya en estos momentos los soldados del Primer Regimiento ocupaban el templo de Santa Clara, frente a la casa, disparando a discreción.

Las tres heroínas, una de las cuales tenía un balazo en el cuerpo, se decidieron a esperar la entrada de los soldados, sin temor de ser muertas; frías, impasibles.

Enlutadas, pálidas, pero serenas, tomaron asiento en la pieza contigua a aquella en la que se ocultaba Aquiles, y esperaron.

Después... el ruido de la puerta que cedía... dos o tres detonaciones en el interior de las piezas... pasos precipitados que se acercan... y un grupo de soldados apareciendo de pronto.

—¡Alto al fuego!—dice una voz—y reconocen al Jefe Político Pita que levanta los brazos para protegerlas.

Ellas siguen impasibles.

—Están armadas—dice el general Valle—

que ha entrado con varios oficiales: habrá que registrarlas.

Carmen, llena de enojo, se descubre y deja ver su cuerpo, atravesado por una bala!...

Revolución con orígenes semejantes es invencible, y sagrada. "Las mujeres troyanas", requieren otro capítulo; y hace falta para trazarlo, cabalmente, el soplo de Sófocles o Aristófanes o Herodoto, en pluma de la hora actual.

Yendo de retirada a Veracruz, cuando mi tercera escala, no pude resistir a la necesidad de volver por la histórica Casa Serdán. No me atraía sentimiento curioso, sino de muy hondo respeto.

... Yo creo que las generaciones futuras, del país redimido, deberán visitarla devotamente; con esa veneración entera, llama inextinguible de añoranza, mantenida en cada hombre hacia los lugares ungidos, por el destino, de gloria inmortal!!...

Seis días más estuve aun por tierras revolucionarias, embarcando, de regreso a Cuba, ya vencido Acuario.

Traje conmigo mucho indelible recuerdo, mucha gratitud plena, y un grande, y muy robusto optimismo.

Esta posterior conferencia, escrita tan serena como amorosamente, sea, pues, homenaje, y sea voto...

...¡México merece su felicidad!!